

perseguir quimeras, dadles Dios. ¡Oh qué limosna tan magnífica! Pero no descuidéis la limosna corporal. Debéis estar dispuestos á conmooveros por todas las miserias: debéis, según el consejo de San Ambrosio, hacer todo lo que podáis, y algunas veces algo más todavía. *Compatiamur alienis infirmitatibus; necessitates aliorum quantum possumus juvemus, et plus interdum quam possumus* (1).

La limosna, dice San Agustín es el consuelo de nuestra fe, el apoyo de nuestra esperanza, el remedio del pecado; ella nos granjea el afecto del juez, y á Dios hace deudor nuestro. ¡Oh poder de la limosna! Aquellos á quienes nosotros hemos socorrido son los que nos han de introducir en los eternos tabernáculos: *Ut cum defeceritis, recipiant vos in æterna tabernacula.*

¡Qué luz tan suave esparcen en mi alma, oh Dios mío, estas consoladoras palabras! ¡Oh! también yo sé lo que debo hacer de ahora en adelante para que Vos me seáis propicio cuando yo me presente á vuestro tribunal: *Scio quid faciam!* Yo me iré preparando de antemano valiosos intercesores y amigos que hablen por mí. Yo cubriré la multitud de mis pecados é infidelidades, multiplicando las obras de mi celo y caridad (2). Ya que Vos vais á venir dentro de poco á este santo altar para visitar á vuestro indigno siervo, dadle, Dios mío, os lo ruego, un corazón cada vez más sensible para las necesidades del prójimo. Descubridle todo el misterio del pobre y del indigente, tanto en el orden espiritual como en el temporal; para que en el día terrible, cuando Vos seréis para todos inexorable, seáis para él omnipotente libertador: *Beatus qui intelligit supér egenum et pauperem; diè male liberabit eum Dominus* (3).

(1) De off. minist., l. II., c. XXVIII.

(2) *Charitas operit multitudinem peccatorum.* (I. Petr., IV, 8).

(3) Ps. XL, 2.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*La prudencia quiere que yo me prepare para el juicio de Dios.*—El ecónomo infiel es acusado delante de su señor, de haber malgastado sus bienes. Nuestros más terribles acusadores en el tribunal de Dios serán el Evangelio, las gracias recibidas y nuestra conciencia. Los Sacerdotes son los ecónomos de Dios por excelencia; *Dispensatores mysteriorum Dei.* ¡Qué asunto tan grande se me ha confiado! En cualquier momento puedo yo ser llamado al tribunal de Dios. Mil veces he dado motivo de quejas. ¡Oh Jesús! El cielo y la tierra me condenan; mi solo recurso es vuestra misericordia.—El ecónomo infiel es privado de su empleo. Después de la muerte seré privado de todo medio de salvación. Alma mía, provee á tus cosas. Ya ves de qué eternidad se trata, según que la sentencia sea favorable ó contraria.

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo debo prepararme para el juicio de Dios.*—Me aprovecharé de la enseñanza del ecónomo prudente aunque infiel. El reflexiona: hé ahí por dónde ha de empezar todo serio retorno á vida mejor. «No tengo valor para entregarme á duros trabajos; y me da vergüenza mendigar». El orgullo y la molicie son grandes obstáculos para la verdadera penitencia. El acude á la limosna. Esta nos libra del pecado y de la muerte: es para el pecado lo que es el agua para el fuego. ¿Teméis los juicios de Dios? Haced limosna. Dad á las almas y á los cuerpos. ¡Oh poder de la limosna! Ella hace á Dios nuestro deudor.

MEDITACIÓN XCIX

DOMÍNICA IX DE PENTECOSTÉS.—*Las lágrimas de Jesús.* (T. IV, pág. 258.)

MEDITACIÓN C

DOMÍNICA X DESPUÉS DE PENTECOSTÉS—*El fariseo y el publicano.—El orgullo.*

- I. Carácter particular de este vicio.
- II. Su inconsecuencia y su locura.

PUNTO I

Carácter particular del orgullo.

Se empeña en exhibirse; á veces se esconde; en ocasiones se desliza aún bajo el velo de la humildad.

1.º El orgullo se empeña en mostrarse. Por esta primera señal le pinta Jesús en el Evangelio del día. En tanto que el humilde publicano se queda á la entrada del templo, y que, abismado en el sentimiento de su miseria, no se atreve á levantar los ojos; el fariseo se adelanta hasta cerca del altar, se queda de pie: *Pharisæus stans*. En su porte, en su fingida oración, se reconoce á un hombre que se admira y que quiere ser admirado. El continuo cuidado de un orgulloso es el hacerse valer. Estúdiesele en los detalles de su conducta, hasta en su aire, en sus gestos y vestidos; el soberbio se revela en todo y por todas partes. ¡Qué pretensiones en sus empresas! ¡Qué suficiencia en sus discursos! Atraerse todas las miradas, obtener todos los sufragios; hé ahí los cuidados de que se preocupa.

Para curarnos ó preservarnos de este vicio, nos ordenáis, oh Salvador mío, que no busquemos la mirada del hombre en el bien que hacemos, que oremos en secreto, que no auxiliemos al prójimo á son de trompeta, que no pongamos en revista nuestros

ayunos y penitencias. Por esto nos recomendáis que busquemos en todas partes el último lugar, que nos estimemos como ínfimos entre todos... Máximas santas, sabias lecciones! Me las da un Dios anonadado; tiene, pues, derecho para exigirme que yo modele sobre ellas todo el conjunto de mi conducta. ¿Lo he hecho hasta hoy día? Vuestros Sacerdotes, oh Señor, predicán la humildad; ¿pero se muestran siempre como modelos? Dos hombres suben al templo (1): el uno, por su estado, tiene obligación de dar buen ejemplo, y escandaliza; el otro, aunque pecador, edifica mediante la más conmovedora modestia. ¡Oh Jesús, para cuántos ministros vuestros, el mismo templo en que se distribuyen las riquezas de vuestra gracia llega á convertirse en tribuna donde son condenados por el ejemplo de los seglares cuyos jueces eran!

2.º Pero si el orgullo trata de exhibirse, con frecuencia cuida también de esconderse. Si por una parte quiere brillar, dominar, procurarse admiradores, por otra no ignora que el revelar que se quiere eso, es mostrarse pequeño, ridículo, despreciable; disimula, pues, este buscarse á sí mismo; finge que obra por deber más que por el deseo de ser aplaudido..... Pero no se tarda en desdecirse: es muy fácil traicionarse cuando se procede contra los naturales sentimientos; y no es preciso estudiar mucho tiempo para conocer á un hombre vano y ávido de consideraciones. Si se le olvida, si parece que se le trata con descuido, brilla su sensibilidad por algún estallido indeliberado, ó por un silencio apesadumbrado. Y así hay otros mil detalles por los cuales se vende él mismo. Con frecuencia se revela esta pasión, por las precauciones que emplea para no verse sorprendida: cuando se teme tanto el pasar por orgulloso, es ya una prueba de que el mal existe.

3.º Aun la librea de la humildad sirve de disfraz

(1) *Duo homines ascenderunt in templum.* (Luc., XVIII, 10.)

al orgullo. El fariseo da gracias á Dios. *Deus, gratias ago tibi*; reconoce, pues, su grandeza, su dominio supremo; parece anonadarse delante de él. Pero ¿de qué le da gracias? De que no es como los demás hombres, y está exento de sus vicios, y tiene las virtudes que á ellos les faltan: *Quia non sum sicut ceteri hominum*..... Hé aquí el orgullo que se muestra aún en el acto y por el acto mismo de la dependencia. No, no hay que dejarse engañar. Si se quiere descubrir á un espíritu soberbio, oblíguesele á pesar suyo á la confesión de esta inferioridad cuyas apariencias finge; trátesele como él pretende que lo merece, echándolo al último puesto...., el amor propio herido dejará escapar más de una señal de su presencia. Se puede aniquilar este vicio, pero no ocultarlo constantemente. ¡Oh Dios mío, arrancad de mi corazón hasta las últimas raíces de esta pasión; tengo tantos motivos para aborrecerla! ¡Es tan criminal y funesta; es tan contraria á la dignidad de vuestros ministros y al espíritu que debe animarlos!

PUNTO II

Inconsecuencia y locura del orgullo.

Cuando consideramos al publicano y al fariseo, á la salida del templo, ¿á cuál de los dos concedemos nuestra estima, y á cuál rechazamos? ¿Qué ha obtenido el segundo por su fastuosa oración; y qué alcanzó humillándose el primero? Queremos engrandecernos á los ojos de los hombres; pero ¿qué mal lo entendemos cuando esperamos conseguirlo haciendo valer nuestras pretendidas dotes! Todo aquel que se jacta, aun por cosas muy loables, quita á los que le oyen la idea ventajosa que tenían de él. Desde que deja entrever la ambición de ocupar el primer puesto en mi espíritu, me siento movido á ponerle en el último. Sólo hay un camino para llegar á la verdadera gloria y es el huirla: *Qui se humiliat exaltabitur*; y para merecer desprecio, basta correr en pos de ella:

Qui se exaltat humiliabitur. Así, ciego como es el mundo, sin embargo sólo estima el mérito que desdén su aprobación y sus sufragios.

El orgullo por lo tanto no es tan sólo un crimen, sino una locura. Es tan opuesto á la razón como la mentira á la verdad, la noche al día. ¿Qué diríamos de un enano que se cree ser un gigante, porque se halla en la cumbre de un monte, y que juzga ser mayor que ella porque la tiene bajo sus pies? Pues esto es cabalmente la locura del orgulloso, dice San Juan Crisóstomo: el soberbio se hincha, se exalta al pensar que vale más que los otros; y al compararse con ellos tan sólo tiene en cuenta la creencia que se ha formado de que los demás están debajo de él. Entre la locura del enano y la del orgulloso, prosigue el santo Doctor, hay únicamente esta diferencia, que la del primero es el triste efecto de una perturbación en sus órganos, y mientras excita nuestra risa, también nos mueve á compasión; mientras que el delirio del segundo, por lo mismo que es reflexivo y voluntario, excita la indignación de Dios y de los hombres: *Odibilis coram Deo est et hominibus superbia* (1).

Por esto ¡cuántas maldiciones y amenazas lanza la Sagrada Escritura contra este odioso vicio! Toda vez que va más directamente que ningún otro vicio contra la gloria que sólo pertenece á Dios y que El mismo no puede ceder á nadie: *Gloriam meam alteri non dabo* (2), excita forzosamente contra sí mismo las más espantosas venganzas: *Retribuet Dominus abundanter facientibus superbiam* (3). A la muchedumbre de pecados responde la abundancia de castigos, ya que del orgullo provienen todos ellos: *Qui tenuerit superbiam, adimplebitur maledictis* (4). Es el oprobio y la vergüenza, la maldición especialmente impuesta á este criminal amor de hono-

(1) Eccli., X, 7.

(2) Is., XLII, 8.

(3) Ps., XXX, 24.

(4) Eccli., X, 15.

res: *Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia* (1). ¡Desgraciada soberbia! Es una frágil florecilla que cae cuando quería abrirse á la luz. El Señor, fuerte y omnipotente, cae sobre ella con el ímpetu del huracán acompañado de granizo; ella será pisoteada (2). Dios disipa los huesos de los que ambicionan agradar á los hombres, los desprecia y quedarán confundidos (3). Los quebranta en el momento mismo en que ellos creían levantarse erigidos: *Dejecisti eos dum alleverentur* (4); su elevación es sólo su propia ruina: *Elevatio ipsa ruina est* (5). De modo que lo que en el lenguaje del mundo se llama ensalzamiento, cima de la gloria, en el lenguaje de Dios se llama abismo y precipicio: *Donec fodiatur peccatori fovea* (6). ¿Qué hace, pues, el Señor cuando permite que este hombre parezca tener éxito en sus deseos? Le permite que se escave su fosa: *Hoc se ille putat sublimiter ire et hoc Deus foveam vocat* (7). San Gregorio Niseno define el orgullo, *Ad inferiora descensus*; y en otra parte dice: *Qui recedit a Deo in profundum it.* ¡Qué humillación para un cristiano y sobre todo para un Sacerdote, rebajarse hasta mendigar la aprobación de los mundanos! Los soberbios serán castigados por su mismo pecado: cuanto más desean la gloria, tanto más serán confundidos. El oráculo empieza á cumplirse en esta vida: *Qui se exaltat, humiliabitur*. Pero ¿qué será del soberbio en el juicio universal y durante toda la eternidad? Escuchemos lo que dice el Señor: *Dabovos in opprobrium sempiternum, et in ignominiam aeternam, que nunquam oblivione delebitur* (8).

(1) Prov., XI, 2.

(2) *Vae coronæ superbiæ... et flori decidenti... Ecce validus et fortis Dominus, sicut impetus grandinis, turbo confringens...: pedibus conculcabitur corona superbiæ.* (Is., XXVIII, 1).

(3) *Deus dissipavit ossa eorum qui hominibus placent; confusi sunt, quoniam Deus sprevit eos.* (Ps., LIII, 6).

(4) Ps., LXXII, 8.

(5) S. Aug. in h. loc.

(6) Ps., XCIII, 13.

(7) S. Aug., ibid.

(8) Jerem., XXIII, 40.

¡Oh Dios mío! Ya que Vos justificáis al pecador que se humilla, y reprobáis al orgulloso tan insensato para apoyarse en su propia justicia, yo os dirijo la oración del publicano: *Propitius esto mihi peccatori!* Yo me reconozco indigno de levantar los ojos ante Vos; pero tened piedad de mi indignidad misma. ¡Ojalá que esta oración, de la cual Vos me enseñáis en el Evangelio la soberana eficacia, pueda reparar los defectos de tantas otras oraciones que no tuvieron efecto por falta de humildad (1). Quiero repetir á menudo esta plegaria, persuadido de que ella conmoverá vuestro Corazón y me alcanzará misericordia. Pero la repetiré con más confianza todavía después de recibir al adorable Sacramento que encierra en sí mismo una virtud particular para reprimir y curar la hinchazón de nuestro orgullo: *O medicinam omnia tumentia comprimentem! Que superbia sanari postet, si humilitate Filii Dei non sanatur?* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Carácter particular del orgullo.*—Desea aparecer: el humilde publicano se detiene cerca de la puerta del templo; el fariseo se adelanta hasta el altar. En su continente, en su pretendida oración, se ve que él se admira á sí mismo, y quiere que le miren. Si el orgullo desea exhibirse, algunas veces también se esconde: se disimula éste buscarse á sí mismo. Se quiere aparentar que el móvil de nuestras acciones es el deber; pero cuando se aparenta lo que no se siente fácilmente se echa de ver. Hasta la librea de la humildad sirve algunas veces de disfraz al orgullo.

PUNTO SEGUNDO.—*Inconsecuencia y locura del orgullo.*—¿Qué ha obtenido el fariseo con su orgullosa oración? ¿y qué sacó el publicano de su humildad? El mundo, ciego y todo

(1) *Humilium semper tibi placuit deprecatio.* (Judith, IX, 16).—*Oratio humiliantis se nubes penetrabit.* (Eccli., XXXV, 21).

(2) S. Aug. *De agon. Christ.*

como está, no estima sino á los que desprecian sus alabanzas. ¿Qué diríamos de un enano que se cree un gigante, tan sólo porque se ve en la cumbre de una montaña? ¿qué obtiene el orgulloso buscando honores y gloria? Desprecio por parte de los hombres; maldición y terribles venganzas por parte de Dios. ¡Oh Dios mío, yo os diré con el publicano: *Tened piedad de mí porque soy un gran pecador.*

MEDITACIÓN CI

DOMÍNICA XI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS. *Bene omnia fecit.* (Tom. II, p. 366).

Hacer bien todo lo que se hace: medio seguro para adelantar en la virtud.

MEDITACIÓN CII

DOMÍNICA XII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.
El buen Samaritano.

I. Jesucristo se presenta á sí mismo en figura de este hombre caritativo.

II. Quiere que sus discípulos, y sobre todo, sus Sacerdotes imiten su caridad.

PUNTO I

Jesucristo es el buen Samaritano de que nos habla el Evangelio (1).

Después de haber considerado el triste estado del pobre viajero, y condenado muy justamente la cruel insensibilidad del Sacerdote y del levita que le ven y pasan de largo, admiremos la conducta del caritativo extranjero; ésta es figura de lo que es Jesucristo para con nosotros: *Samaritanus quidam, iter faciens, ve-*

(1) Luc., X, 30.

nit secus eum. ¿Por qué el Hijo de Dios ha venido á vivir entre los hombres? Su amor es lo que lo determinó á este viaje; así nos lo dice la Iglesia (1): *Iter faciens.* El sabía dónde estábamos nosotros, á qué estado tan horrible habíamos sido reducidos por el pecado, los bienes de que éste nos había privado y las heridas que nos había hecho. Si Él no hubiese venido, nosotros habríamos padecido la más horrible de las muertes; puesto que un infierno eterno nos estaba preparado. Jesús sabía también que nosotros éramos todavía más criminales que desgraciados; esclavos rebeldes, habíamos tomado las armas contra Él, y era nuestro propósito no desistir de nuestra rebelión... Y en estas circunstancias Él se acerca á nosotros: *venit secus eum*; no ya para castigarnos y perdernos, como pedía su justicia; sino para reconciliarnos con Él y salvarnos. Él se revistió de nuestras enfermedades para curarlas, se cargó con nuestras deudas para pagarlas; de nuestros crímenes para expiarlos. Nosotros nos habíamos hecho tantas heridas mortales, como pecados graves habíamos cometido; y este amigo generoso viene á poner sobre nuestras llagas el remedio de su gracia. ¡Qué rasgo de misericordia tan conmovedor!

El buen Samaritano, vivamente impresionado á la vista del desdichado que está nadando en su sangre (2), vena sus llagas después de haberlas lavado con aceite y vino (3), y le prodiga todos los cuidados posibles (4). Queda con él todo el día y la noche siguiente. Poco le importa que sufran menoscabo sus negocios: el asunto importante para él es asistir á un hombre que se va á morir si no se le socorre sin demora.

Cuando debe dejarle, provee á su porvenir, reco-

(1) *Amoris actus impetu.* (Hym. Adv.)

(2) *Et videns eum misericordia motus est.* (Luc., X, 33).

(3) *Et appropians alligavit vulnera ejus, infundens oleum et vinum.* (Ib., XXXIV).

(4) *Imponens illum in jumentum suum, duxit in stabulum, et curam ejus egit.* (Ib.)

mendándole al dueño de la hostería, y le deja dinero para ello. Quiere que nada se ahorre para curarlo. Que á su vuelta lo pagará todo, y que por tanto no se repare en gastos (1).

¡Oh cuán débil es la figura frente á la realidad! Llegando á nosotros, y viendo nuestras miserias, ¿qué no hizo Jesucristo para remediarlas? ¿Acaso puso límites á su compasión? Sus bienes, su reposo, su reputación, su misma vida, todo lo sacrificó por nosotros. Aún muriendo no nos abandonó; nos confió á la Iglesia, depositaria de sus tesoros. Encargó á sus ministros que continuasen los mismos cuidados; El los recompensará largamente de lo que hagan por nosotros.

Si yo hubiese estado en el lugar de aquel peregrino ¿cuáles hubiesen sido mis sentimientos hacia mi bienhechor? ¿Hubiese yo dejado escapar alguna ocasión de atestiguarle mi gratitud? ¿Hubiese querido emplear para su servicio aquella vida que él me conservara con su caridad? ¡Oh alma mía! ¿No es esto lo que tú debes á Jesús? ¿No debes más todavía á tu Dios y Salvador *qui sanat omnes infirmitates tuas, qui redimit de interitu vitam tuam... qui replet in bonis desiderium tuum?* Bendice, pues, al Señor y no olvides nunca los bienes inapreciables que de él has recibido: *Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus.* Pero bendecir á Dios no basta. Escucha lo que El te dice, y aprenderás lo que El espera de tu agradecimiento: *Vade, et tu fac similiter:* haz tú por los otros lo que El ha hecho por ti.

(1) *Et altera die protulit denarios, et dedit stabulario, et ait: Curam illius habe; et quodcumque supererogaveris, ego, cum rediero, reddam tibi.* (Luc., X, 35).

PUNTO II

Jesús quiere que sus discípulos, y sobre todo sus Sacerdotes imiten su caridad para con el prójimo

No hay ningún punto de la ley sobre que Jesucristo insista tanto en sus instrucciones como éste. Ya nos dice que Dios usará con nosotros la misma medida que hubiéremos usado con los demás: ya nos repite que cuanto más indulgentes y misericordiosos fuéremos con nuestros hermanos, tanto más lo será Dios con nosotros. Otras veces nos declara que debemos amar también á los que nos odian, si queremos ser semejantes á nuestro Padre Celestial, el cual ordena al sol que fecunde el campo del justo como el del injusto, etc. Podríamos decir que de esta obligación capital El habla á tiempo y fuera de tiempo.

¿Van á preguntarle cuál es el primero de todos los mandamientos? Después de haber respondido á eso, añade en seguida: «el segundo es parecido á éste; y consiste en amar á su prójimo como á sí mismo.» Hace más todavía: este precepto El lo hace suyo, y se lo da como mandato particular á sus discípulos. ¿Y cuándo? La víspera de su muerte, cuando habla á sus discípulos con la mayor expansión de amistad. Nunca su lenguaje había estado impregnado de tan tierna caridad: *«Filioli, adhuc modicum vobiscum sum.* Ya pocos momentos me quedan para estar con vosotros; y estos breves instantes los quiero emplear en repetiros lo que muchas veces os he dicho: amaos unos á otros como yo os di el ejemplo: hé ahí mi precepto, el mío; el que más me interesa que cumpláis fielmente: *Hoc est preceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos... Hæc mando vobis:* á esa señal el mundo os conocerá, y Yo mismo os reconoceré por mis discípulos.» Después de tan vivas recomendaciones, El levanta los ojos al cielo y pide á su Eterno Padre primero por sus apóstoles y Sacerdotes; después, por todos aquellos que por el ministerio de la Iglesia, creerán en El. ¿Qué pide en particular para

unos y otros? Que sean una cosa sola por el amor recíproco, como El y el Padre son una cosa sola por naturaleza (1). ¡Oh santa unión de los corazones, imagen de la unidad de Dios en tres personas! ¡Oh caridad fraterna, tan amada por el Corazón de Jesús! El ministerio sacerdotal es el encargado de establecerla y perfeccionarla sobre la tierra!

Pero los Sacerdotes tienen aquí, sobre todo, un hermoso modelo de la conducta que deben guardar para con los pecadores: procuren imitar todos sus rasgos. El piadoso Samaritano vence la repugnancia que naturalmente le causa el espectáculo que se ofrece a su vista, se le acerca. Así, por desesperado y repugnante que pueda parecer el estado de una alma entregada al pecado, el buen Sacerdote se guarda muy bien de alejarse de ella; él se acerca todo lo posible, la busca, hace cuanto puede para inspirarle confianza: *Venit secus eum*. Obtenido esto, *venda* las llagas de esta pobre alma: va al origen del mal, y empieza por detener el curso de las pasiones viciosas; mientras no pare la hemorragia es imposible la curación: derrama sobre las llagas aceite y vino, símbolos de la dulzura y de la firmeza que el buen Sacerdote sabe usar con justa medida. No se limita á vendar las heridas del pecador: él lo aleja de las ocasiones peligrosas y lo coloca en lugar seguro. Después sigue cuidando de él por sí mismo ó por otros: lo fortifica, lo anima, lo consuela en sus penas, lo mantiene en los buenos deseos, evita sus inconstancias uniéndolo fuertemente á Dios. No es posible expresar con palabras toda la paciencia, todos los cuidados que debe usar el médico espiritual en esta convalecencia de las almas. San Bernardo daba gracias á Dios de que hubiese esparcido sobre las llagas de su alma más aceite que vino (2): el Divino Médico

(1) *Ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in eis et tu in me: ut sint consummati in unum.* (Joan., XVII, 22.)

(2) *Oleum infudisti vulneribus meis, Domine! infudisti et vinum, sed minus quam olei. Sic nempe congruebat infirmitatibus meis, ut misericordiam superexaltares iudicio, quemadmodum et vino oleum supernat infusum.* (In Cant.)

hace lo mismo con nosotros, al curar nuestras enfermedades.

En los cuidados que yo presto á mis corderos enfermos ¿domina también la bondad, la dulzura y una indulgente compasión?

Preparándome para celebrar, yo pediré perdón á Jesucristo de haber observado tan malamente este precepto, especialmente en lo que concierne á mi espíritu de sacrificio para con las almas extraviadas. Todos los días Jesús me da su Corazón en la celebración de los Santos Ministerios: ¿cuándo participaré yo de su tierna caridad hacia los pecadores?

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Jesucristo es el buen Samaritano del Evangelio.*—¿Por qué vino al mundo y se acercó á nosotros? El sabía donde estábamos y el triste estado á que habíamos sido reducido por el pecado. Él vino á nosotros no para castigarnos, sino para curar nuestros males y salvarnos. Todo lo sacrificó por nosotros: sus bienes, su reposo, su honra, y su vida. Nos confió á los cuidados de la Iglesia y de sus ministros: Él los recompensará de lo que hagan por nosotros. Alma mía, da gracias al Señor, y no olvides nunca lo que has recibido de su bondad.

PUNTO SEGUNDO.—*Jesús quiere que sus discípulos, sobre todo los Sacerdotes, imiten su caridad.*—No hay ningún punto de doctrina sobre el cual Jesucristo insista tanto: continuamente nos recuerda este deber capital. Adopta como suyo particular el mandato de la caridad paterna. *Amaos unos á otros como yo os he amado primero: este es mi precepto.* El mío: es decir el que más me importa observéis perfectamente. ¡Oh santa unión de todos los corazones, imagen de la unidad de Dios en tres personas distintas! La caridad da comienzo en este mundo á la sociedad de los escogidos. Pero sobre todo yo tengo aquí un hermoso modelo que imitar tocante á mi conducta para con los pecadores.